

Alta literatura en el olvido

• Las novelas de Chaim Potok son una joya de la literatura judía moderna norteamericana. Escritas con sencillez y precisión contemporáneas, obligan a leerlas sin respiro. Potok no sólo es un maestro para retratar las costumbres de los judíos de Brooklyn, sino también para dar una sutil cabida a la explicación histórica, sin que parezca un trabajo de parches. Dicha habilidad le permite, en medio de los conflictos íntimos de los personajes, ir con naturalidad desde el Baal Shem Tov en Polonia hasta el enorme impacto que significó la noticia de la formación del Estado secular judío.



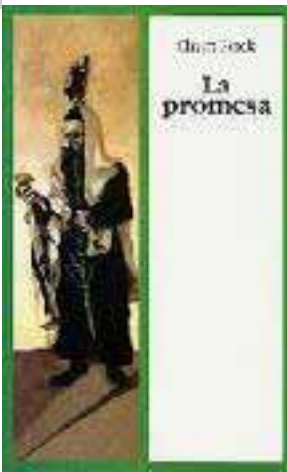
americanos como Bernard Malamud, Saul Bellow, y Philip Roth, quienes, como él, adoptaron el estilo de Hemingway y Faulkner.

Potok tiene la gracia de ser de esos autores que proyectan toda su obra desde un único y gran conflicto personal. En su caso, el de lograr liberarse de la estricta carga religiosa impuesta por el padre para dar cabida a sus intereses seculares en el arte, la filosofía y la ciencia, sin por ello dañar la integridad de su fe. Potok nació en el seno de una familia jasídica, y aunque no cumplió con las expectativas de su padre —pues fue desplazando sus convicciones desde la ortodoxia más estricta hacia el judaísmo conservador— en 1954 se convirtió en rabino. Tras serios devaneos al respecto, concluyó que era imperativo para él resguardar la tradición judía. Pero, por sus intereses, era necesario hacerlo con cierta apertura y sin fanatismos.

Tanto en la práctica como en su obra, Potok dedicó toda su vida a defender esta postura. Promovía el cuidado del shabat, pero no los matrimonios concertados desde el nacimiento; el estudio de la Torá, pero también de lo secular en la medida en que haya vocación para él; en otras palabras, de la valoración por la herencia, sin descuidar las posibles inclinaciones individuales.

Pese a que Potok critica duramente muchas costumbres jasídicas, como la de prohibir ciertas lecturas en conflicto con la fe (especialmente Darwin y Freud), su crítica es ante todo profundamente comprensiva y respetuosa. Y esto se debe a que conoce a fondo a los judíos jasídicos y, más aun, los admira por su tenacidad. Por eso, casi no usa la sátira, salvo cuando habla de la exigencia del silencio en la educación; muchas veces no hay un misterio mayor, sino un patético vacío. Aunque parece reconocer, tal como sucede en "Los Elegidos" y "La promesa", que el silencio puede ser útil para despertar la compasión en las almas que por naturaleza carecen de ella.

cana en dar a conocer, desde adentro y con detalle, la celosa vida de los judíos ortodoxos de Brooklyn. Pero fue su talento como narrador lo que lo situó entre los más destacados escritores judío-



Choque entre ortodoxos y ultra-ortodoxos

Tras participar en la guerra de Corea, Potok se dispuso a escribir su primera y más conocida novela, "Los elegidos". Nominada al Nacional Book Award y más tarde llevada al cine, relata la historia de amistad entre dos jóvenes, Reuben Malter, ortodoxo moderno y Daniel Saunders, jasídico ultra ortodoxo. La novela se centra en el conflicto entre estos dos mundos que, pese a ser vecinos, entrañan enormes diferencias; tantas como las hay entre un ortodoxo y un judío no religioso.

Daniel Saunders es el hijo de un tzadik llegado de Polonia. Como tal, debiera continuar con esta tradición que se hereda de padre a hijo. Sin embargo, algo más fuerte que él lo impulsa a pasar la mayor parte de su tiempo leyendo novelas de Hemingway y otros autores no judíos, que le recomienda el padre de Reuben Malter, un profesor de una yeshivá moderna. Sin embargo, Saunders va más allá de lo estrictamente recomendado y comienza a deslumbrarse con Darwin y

Freud. Su amistad con Reuben Malter, y el contacto con su padre, un judío que cumple con todos los mandamientos pero que se permite estudiar otras disciplinas e incluso cuestionar algunos pasajes del Talmud, le posibilitan acercarse a lo secular sin descuidar la tradición.

Esta idea de que la vocación puede ser más fuerte que los sentimientos religiosos, es también el punto de partida de "Mi nombre es Asher Lev", que al mismo tiempo desarrolla la idea de que si la vocación por lo secular existe, es recomendable que sea guiada en el camino del bien y no rechazada de modo que el joven se encuentre en la soledad y atraído por el *sitra ajará* es decir, el otro lado, el de las fuerzas del mal. Asher Lev, un niño con talento para la pintura, es constantemente descalificado y apocado por su padre quien cree que el camino que ha elegido sólo lo conduce a elevar los sentimientos, muchas veces negativos y egoístas, de la propia persona. Nada más alejado de la sabiduría jasídica, que aspira a controlar las emociones por medio del intelecto y a enfocarse en los demás.

Al respecto, el maestro de arte de Asher Lev le dice: "El mundo es un lugar terrible. No esculpo y pinto para hacer sagrado el mundo. Esculpo y pinto para darle permanencia a mis sentimientos sobre lo terrible que realmente es este mundo. Nada es real excepto mis propios sentimientos como los veo rodeándome en mis esculturas y pinturas. Sé que estos sentimientos son verdaderos porque, si no lo fueran, habrían hecho el arte tan terrible como el mundo. Aun no me comprendes, Asher Lev. Mi santificador del mundo. Mi pintor desnudo hasta la cintura con peyes colgantes y con gorro manchado de pin-

tura. Un día comprenderás la verdad de los sentimientos".

La misma exacerbación por los sentimientos es lo que descalifica a Freud como maestro de Reuben Malter en la novela "Los elegidos": la sabiduría judía aspira a la restricción, todo lo contrario de Freud. ¿Es posible reconciliar la restricción con el psicoanálisis? Claramente no. Si, como parece, Reuben Malter se propone ser psicólogo aplicando la teoría freudiana, la angustia del padre, un tzadik que lo ha educado en el silencio, es decir, sólo hablando de Torá, no puede ser más comprensible. Y es lo que intenta hacernos ver Potok. Y lo logra, desde luego.

De acuerdo a la tradición, es preferible terminar como barrendero, que como artista o escritor, pues se trataría de una forma de trabajo que no se eligió sino que es para sobrevivir, lo que supone que el tiempo libre se usará para lo que es realmente importante, es decir para el estudio.

Si embargo, el rabino de la familia de Asher Lev sabe que para algunos no es posible luchar contra las fuerzas de la naturaleza y le dice: "La simientes deben ser echadas en todas partes. Sólo unas pocas darán fruto. Pero esas pocas no darían fruto si no hubiéramos plantado muchas. ¿Comprendes mi Asher?". Nuevamente la acogida es fundamental para mantenerlo en el rebaño. De haber sido por el padre, que no puede evitar rechazar su inclinación obsesiva hacia la pintura, el joven hubiera terminado más lejos del judaísmo. "Para él (el padre) me había transformado en un extraño. De una manera incomprensible, un error cósmico se había cometido. La línea sucesoria se había pervertido. Una fuerza demoníaca había atravesado los siglos quebrando la línea de responsabilidades transmitidas. Mi padre no podía soportar mi presencia. No supo más cómo entrar en batalla. Por eso caminó con dolor y vergüenza durante todo el shabat de mi bar mitzvá. Y durante todo el día siguiente, cuando parientes y amigos cantaron y bailaron expresando su alegría. Y arrastró consigo su dolor y vergüenza a través de las puertas de vidrio de la sala de espera y hasta el avión que lo llevó de nuevo a Europa la tercera semana de enero".

¿Qué hace que entendamos tan bien, tanto el punto de vista del padre como el del hijo?: todo lo que dice Potok es sacado de su experiencia personal; su inclinación hacia la lectura y escritura fue duramente combatida por padres y maestros que intentaron desanimarlo, explicándole que aquello era frívolo y sólo le quitaría tiempo al estudio de la Torá. No obstante, a lo largo de toda su vida, Potok buscó comprobar su punto y en cierto modo lo logró al transformarse en rabino y en escritor. Lo que sucederá con su descendencia y la tradición podría, no obstante, darles la razón a los ultra-ortodoxos que tanto lo animaban a no ligarse al mundo.

POR JOYCE VENTURA NUDMAN

De seguro, la mayoría de los lectores mayores leyó, en su oportunidad, algunas de las novelas de Chaim Potok. En mi infancia, recuerdo haber pasado muchas veces sobre el lomo de lino rojo de "Mi nombre es Asher Lev", dispuesto en un anaquel de la biblioteca de mi casa. Los títulos "Los elegidos" y "La promesa" me eran muy familiares entonces. Luego, cuando tuve edad para leerlos, su fama se había hecho humo y ninguna librería los tenía entre los clásicos. Por eso no me acordé de la existencia de este magnífico autor norteamericano hasta el 2002, cuando en un diario apareció una breve nota que daba cuenta de su muerte, a los 73 años, de cáncer cerebral. Era cosa de paciencia; como con todos los autores que fallecen, alguna editorial vería pronto la oportunidad de reeditar sus obras. Sin embargo, nada ha sucedido hasta hoy.

Hace un tiempo, en una librería especializada en Miami, me encontré casualmente con "La promesa". No disponían de la primera parte, pero como la novela parecía sostenerse por sí misma, no parecía un problema saltársela. Sin embargo, tras su absorbente lectura y sus entrañables personajes ortodoxos de Brooklyn, hice lo que debí haber hecho en un principio: averiguar si lo tenían en la Biblioteca del Instituto Hebreo. Ahí estaban "Los elegidos" y "Mi nombre es Asher Lev".

Potok debe su fama a que fue el primer escritor de la historia norteameri-